

JUDITH LENNOX

Antes de la tormenta

Una gran historia de amor
en la primera mitad del siglo xx

Traducción:

ISABEL MURILLO



MAEVA

PRIMERA PARTE

La reina roja
(1909-1928)

1

En otoño de 1909, Richard Finborough conducía por Devon cuando su automóvil empezó a fallar. A primera hora de la tarde había salido de casa de sus amigos, los Colville, y poco después se había desencadenado una tormenta. Además, albergaba la creciente sospecha de que había tomado el cruce equivocado mientras atravesaba la región de Exmoor.

Se detuvo un momento en la cuneta. La lluvia le azotaba la cara y un vendaval alborotaba su abrigo y amenazaba con llevarse el sombrero. La luz era escasa y el viento arrancaba las hojas secas de las hayas. Una rápida inspección de la carrocería del Dion reveló que el coche tenía dañada una de las ballestas posteriores. A regañadientes, se olvidó de su intención de pasar la noche en Bristol y empezó a buscar un lugar donde cobijarse. Unos cuantos kilómetros más adelante, un poste indicador informaba de la proximidad de un pueblo llamado Lynton. El coche se desvió dando bandazos hacia aquella dirección.

Llegó a Lynton y se hospedó en un hotel. A la mañana siguiente, se levantó y desayunó. Y después de disponerlo todo para que un herrero le reparara el automóvil, Richard decidió salir a dar un paseo. Lynton estaba asentado en lo alto de un acantilado que dominaba por entero el canal de Bristol. Abajo descansaba la villa hermana de Lynton, Lynmouth. Desde su atalaya, Richard comprobó que la tormenta continuaba y levantaba crestas blancas en un mar turbulento. Aquella parte del norte de Devon era conocida como la «pequeña Suiza». Y Richard comprendió enseguida por qué: la pendiente de colinas y caminos era muy empinada, las casas se aferraban al suelo de manera precaria para no caer por el acantilado.

Emprendió la marcha hacia Lynmouth. La violencia del viento y la tremenda inclinación del camino lo obligaron a

andar con cuidado. Dos ríos, convertidos en torrenteras como consecuencia de la intensa lluvia y cargados de ramas arrancadas de los árboles de los estrechos y boscosos valles, se unían en el pequeño pueblo de Lynmouth para formar un único cauce antes de desaguar en el mar. Las casitas se apiñaban alrededor del puerto. Había marea alta y las barcas de pesca estaban atracadas en el muelle, y Richard imaginó que, con aquel tiempo, era demasiado aventurado que los pescadores se echaran a la mar. Las ráfagas de lluvia eran todavía frecuentes y copiosas; el paisaje rezumaba agua, mar y lluvia, como una esponja. Richard maldijo en silencio al Dion por haberlo dejado abandonado a su suerte en medio de la nada y con aquel tiempo.

Un destello de rojo en el extremo del rompeolas le llamó la atención. Entre los grises y marrones del agua, el cielo y el acantilado azotados por la tormenta, distinguió la figura de una mujer joven. Estaba de pie junto a una torreta de escasa altura, levantada sobre el rompeolas de forma curva que resguardaba uno de los lados del puerto. Protegiéndose los ojos de las gotas de lluvia, Richard distinguió el resplandor en azul y blanco de una falda debajo de una chaqueta roja y un estandarte de largo cabello negro. El viento zarandeaba a la joven y la espuma del mar se elevaba por encima de ella, mientras las olas se revolvían con rabia. Estaba muy cerca del borde, cualquier ola maliciosa podía llevársela. El lugar desde donde había decidido contemplar aquella joven la tormenta resultaba preocupante y Richard se sintió aliviado cuando vio que daba media vuelta y emprendía el camino de regreso hacia el muelle.

Con curiosidad, Richard esperó cobijado bajo el umbral de una puerta. Cuando la mujer se acercó, vio que estaba empaçada. Imaginó que llevaría un buen rato bajo la lluvia. Richard se quitó el sombrero cuando la joven pasó por su lado y ella se giró, percatándose solo entonces de su presencia. Y luego, con un gesto brusco de la cabeza que sacudió su cabellera mojada, apartó la vista y siguió caminando en dirección a la carretera que subía hacia Lynton.

A lo largo del día siguiente pensó varias veces en ella. Aquel cabello negro, aquel porte orgulloso, las faldas arrastrándose por el suelo y la chaqueta roja empapada. Su altivez, su majestuosidad: una reina roja, decidió.

La tormenta amainó y las barcas de pesca se hicieron a la mar. Nubes deshilachadas poblaban un cielo azul verdoso desvaído. Los escombros obstruían las alcantarillas y una línea de desechos arrastrados por las aguas perfilaba la pedregosa costa.

Era temporada baja y había pocos huéspedes en el hotel. El comedor mostraba un puñado de caballeros de edad avanzada, que Richard imaginó que serían residentes que vivían allí todo el año, además de una pareja joven, tal vez en su luna de miel, que reía y hacía manitas en la mesa del rincón. Cuando la camarera le sirvió, Richard interrumpió su parloteo para preguntarle acerca de la mujer del puerto.

Al ver que no decía nada, le insinuó:

—Era joven..., de poco más de veinte años, diría. Cabello negro, y llevaba una chaqueta roja.

La camarera depositó delante de Richard una bandeja con platija *au beurre blanc*.

—Oh, supongo que se refiere a la señorita Zeale, señor.

—¿La señorita Zeale?

—Zeale es un apellido de Bridport, pero ella no es de aquí. De Bristol, tal vez, no lo sé.

—¿Pero vive en el pueblo?

La camarera respondió con un movimiento de cabeza que apuntaba vagamente hacia tierra adentro.

—Arriba, en Orchard House. La señorita Zeale era el ama de llaves del señor Hawkins. Murió hace tres semanas, el pobre caballero.

A la mañana siguiente, Richard preguntó cómo llegar a Orchard House y echó a andar por el camino que ascendía la empinada colina situada detrás del pueblo. A sendos lados, se extendían bosques puntuados por escarpados peñascos. Dio por fin con el sendero estrecho, repleto de charcos y encerrado entre frondosos setos y altísimas hayas, que se desviaba del camino principal. El ambiente contenía un aroma a tierra mojada y hojas caídas.

Fue fácil encontrar la casa, puesto que su nombre estaba anunciado con una curvilínea caligrafía en la verja de hierro forjado de la entrada. El edificio encalado quedaba separado del camino por un jardín asolado por la tormenta. Un porche acristalado, abrumado por las plantas trepadoras, recorría la longitud de la casa en su totalidad. Con las cortinas corridas y las verjas cerradas, a Richard le dio la impresión de que no había nadie en la casa.

Estaba a punto de dar media vuelta y desandar sus pasos cuando se abrió la puerta de la casa y apareció la señorita Zeale. Llevaba de nuevo la chaqueta roja, acompañada esta vez por una falda oscura.

Richard abrió la verja.

—¡Señorita Zeale! —gritó.

Se acercó a él con el ceño fruncido.

—¿Sí?

—Me pregunto si le importaría ofrecerme un vaso de agua.

Se produjo un instante de pausa, como si estuviera planteándose la posibilidad de negárselo, y al final dijo:

—Espere un momento.

Y entró de nuevo en la casa. Regresó al cabo de unos minutos con un vaso de agua.

—Gracias.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Me lo dijo la camarera del hotel. Me llamo Richard Finborough, por cierto.

Se cruzó de brazos y se puso de lado, fingiendo no ver la mano que le tendía. Mientras Richard bebía, observó de reojo su perfil, la nariz recta de aspecto griego, la plenitud de sus labios y una palidez casi traslucida que contrastaba de forma sorprendente con el negro del cabello.

Percibió una tensión en el silencio y, para romperlo, preguntó:

—¿Lleva mucho tiempo viviendo aquí?

—Dos años y medio.

—Es un lugar aislado.

—Sí. Me gusta vivir aquí. —Se giró de cara a él. La expresión de sus ojos, de un tono verde azulado muy claro con un anillo de coloración más oscura alrededor del borde del iris, era hostil—. Y ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer.

—Sí, por supuesto. —Le devolvió el vaso—. Gracias por el agua, señorita Zeale.

Le intrigaba. Aquellos ojos, claro está, pero también su asombrosa belleza, completamente inesperada en plena naturaleza; era una sensación semejante a descubrir una flor exótica entre una montaña de estiércol.

Richard se consideraba un entendido a la hora de juzgar la belleza. Y de entre todas las princesas mimadas que conocía en Londres, no se le ocurría ninguna capaz de superar a la señorita Zeale. Además, aquel frío rechazo constituía un auténtico desafío. Atractivo, adinerado y seguro de sí mismo, Richard no estaba acostumbrado al rechazo, y mucho menos por parte de una trabajadora doméstica.

Por la tarde, recibió un mensaje en el hotel informándole de que el Dion ya estaba a punto. Mientras esperaba en el vestíbulo de la casita, Richard entabló conversación con la esposa del herrero. Y, tal y como pretendía, la charla acabó girando en torno a la señorita Zeale.

—No es originaria de Lynton, ¿verdad? —preguntó.

La esposa del herrero resopló.

—Esa, no.

—¿De dónde es, entonces?

—No podría decírselo, señor. Es de lo más reservada. Uno puede considerarse afortunado si consigue sonsacarle qué hora es. —Continuó pasando el plumero por la repisa de la chimenea con innecesario vigor—. Pero me atrevería a decir que no tardará mucho tiempo en marcharse.

El tono de voz de la esposa del herrero daba a entender que, en su opinión, cuanto antes se marchara la señorita Zeale, mejor.

—¿Por el fallecimiento de su patrón? —inquirió—. Porque me imagino que tendrá que buscar otro trabajo.

Otro bufido.

—Oh, yo no me preocuparía por gente como ella. Las de su clase siempre caen con buen pie.

Unos golpecitos en la ventana anunciaron la llegada del herrero. Richard salió para recoger su automóvil.

A primera hora de la mañana siguiente, el cielo estaba azul resplandeciente y el amanecer bañaba calles y casas con un brillo dorado. Richard había hecho planes para partir hacia Londres al levantarse, pero en cuanto se vistió salió del hotel, inspiró unas bocanadas de aquel aire fresco y cargado de sal y echó a andar. Su ruta lo condujo hasta la puerta de la iglesia donde, entre los tejos y las lápidas, vislumbró un movimiento. Se quedó paralizado al ver que la señorita Zeale salía del camposanto. Esta vez iba vestida de negro, el rostro cubierto con un velo. Richard vio de reojo que una de las sepulturas, carente todavía de lápida, estaba adornada con rosas.

—Buenos días, señorita Zeale —dijo.

—Señor Finborough.

Se sintió inmensamente agradecido al ver que recordaba su nombre.

—Tal vez vaya usted colina arriba. ¿Me permite que la acompañe?

—Como guste —replicó ella con indiferencia.

Empezaron a andar y los comentarios de Richard sobre la belleza del día y la violencia de la tormenta no obtuvieron respuesta. Ella respondía a cualquier pregunta del modo más breve posible.

Llegaron a Orchard House. Richard contempló el encantador y antiguo edificio y se sorprendió diciendo:

—Me atrevería a decir que le sabrá mal marcharse de aquí. Un lugar como este es para echarlo de menos.

Ella seguía con el rostro velado. Cuando habló, lo hizo con una voz fría y dura como el hielo.

—Sé lo que cuentan de mí en el pueblo, señor Finborough. Sorprendido, se quedó mirándola.

—Debe disculparme, pero...

—Sean cuales sean las historias que haya podido escuchar, no son ciertas. Sea cual sea el chismorreó que haya llegado a sus oídos, debe olvidarlo. Y ahora, si es usted tan amable de dejarme pasar...

Se dio cuenta de que estaba plantado delante de la verja. La abrió, ella entró en el jardín y se dirigió a Richard una vez más:

—No intente volver a hablar conmigo, por favor. Lo único que pido es poder estar sola. Le ruego que tenga usted la gentileza de dejarme en paz.

Y dio media vuelta para entrar en la casa. Después de que cerrara la puerta con firmeza a sus espaldas, Richard se marchó.

La rabia consumía a Richard durante el viaje de regreso a Londres y lo exteriorizó pisando todo lo que se atrevió el acelerador del Dion. El tono de voz de la señorita Zeale había sido insultante y lo mismo podía decirse de sus palabras; le había hablado con un desdén que él solo habría utilizado con el más perezoso de sus empleados o con un conocido poco honrado de su entorno de negocios. A su llegada a la ciudad, fue directo a sus oficinas y descargó la ira sobre su secretario, John Temple.

Richard Finborough llevaba siete años viviendo en Londres. Había dejado su casa natal en el condado de Down, Irlanda, a la edad de dieciocho años, consciente de que allí no tenía futuro. La Guerra Agraria y las subsiguientes Actas de Adquisición de Tierras habían dejado Raheen, la finca de la familia, empobrecida y reducida tan solo a la casa y treinta acres de tierra. Cuando Richard contaba dieciséis años de edad, su padre falleció culpando al gobierno británico de su traición a las familias anglo-irlandesas. Richard no compartía la amargura de su padre y, además, tampoco tenía deseos de llevar una vida de granjero o terrateniente. Y ya de muy joven había sido testigo de la naturaleza destructiva del desengaño, cómo te consume, cómo te cambia.

De modo que para él fue un alivio dejar la finca en manos de su madre y viajar a Londres. Se enamoró de Londres

rápidamente. Amaba la ciudad porque rebosaba energía y actividad y también porque olía a dinero. El pulso de Londres latía con fuerza en la City y en los muelles, donde los grandes navíos desembarcaban cargamentos procedentes de todo el imperio y llenaban sus bodegas con el producto de las fábricas de tejido de algodón y de las fundiciones de hierro antes de volver a zarpar.

A su llegada, Richard trabajó en una agencia de importación, en las oficinas de un amigo de la familia. Después de tres años, montó su propia agencia. Había descubierto que poseía una sagacidad natural para los negocios, que era capaz tanto de mantener la cabeza fría como de ser implacable, y que tenía olfato para detectar los sectores que iban a prosperar, así como de adivinar cuáles de los que habían alcanzado su máximo apogeo iban a caer en picado. En cuanto alcanzó la mayoría de edad, vendió las inversiones que aún conservaba de su padre. La mayoría de acciones y participaciones le aportaron escasos beneficios, pero una parcela de terreno en un área excelente de la ciudad, el último fragmento de lo que en su día fuera un terreno de tamaño considerable, le proporcionó una suma cuantiosa.

Con los beneficios obtenidos de la venta de la parcela pagó la mayoría de las apremiantes deudas que tenía contraídas con el fisco irlandés. Y le sobró dinero suficiente para adquirir una fábrica de empaquetado de té y un pequeño taller de confección de botones en el East End londinense. Un principio, pensó: el principio del imperio que él, Richard Finborough, construiría. Había habido un tiempo en que los Finborough habían sido ricos y poderosos, propietarios de espléndidas fincas y de montones de acres de tierra a ambos lados del mar de Irlanda. Un tiempo que tanto el curso de la historia como el dispendio imprudente de su padre habían dado por terminado. La ambición de Richard estaba impulsada por la pérdida, alimentada por su temprana exposición a la posibilidad de arruinarse. No descansaría hasta que la familia resurgiera una vez más de las cenizas, hubiera asegurado todos sus bienes y la hubiera transformado en una dinastía moderna.

En Londres, trabajó hasta tarde y no regresó a su lujoso piso de Piccadilly hasta pasadas las nueve de la noche. Por entonces,

la rabia por la actitud de la señorita Zeale había disminuido y estaba salpicada por emociones más complejas. Rechazó la oferta de su criado de prepararle la cena, se cambió y salió de casa. Después de cenar en el club del que era socio, se acercó a una recepción que tenía lugar en una casa de Charles Street, sabiendo que Violet Sullivan estaría allí.

Violet era la hija menor de un acaudalado industrial, Lambert Sullivan. Richard y Violet llevaban unos meses de entretenido flirteo. Violet era guapa y segura de sí misma; en un par de ocasiones, Richard le había dado vueltas a la idea de casarse con ella. Su figura, menuda y redondeada, resultaba seductora y, por otro lado, una alianza con los poderosos Sullivan no podía aportarle más que consecuencias ventajosas.

Pero aquella noche, Violet carecía de encanto. Sus coquetos golpecillos de abanico y su risa infantil le resultaban artificiales y anticuados. Su rostro, con una piel marfileña suave como una almendra pelada, le parecía vacío, su conversación desinformada. Las facciones de la señorita Zeale, con aquella belleza misteriosa y sobrenatural, se entrometían en la imaginación de Richard mientras se esforzaba por seguir hablando con Violet.

Se marchó temprano de la recepción. El cielo estaba despejado y las estrellas perforaban la oscuridad. Caminó sin rumbo durante un rato, disfrutando del frescor de la noche de Londres después de aquel rato en un salón excesivamente caluroso. Luego, en un cubículo privado de un pub, pidió un brandy con soda y revivió, una vez más, la escena de aquella mañana.

«Sé lo que cuentan de mí en el pueblo, señor Finborough.»

El día anterior, había quedado patente la desaprobación de la esposa del herrero cuando habló sobre la señorita Zeale. No necesitaba un gran ejercicio de imaginación para discernir por qué era objeto de censura. El orgullo de la señorita Zeale, su carácter reservado, su deseo de soledad y su belleza, por supuesto, daban pie al rencor y los chismorreos. Suponía que era una mujer poco convencional y sabía que las comunidades pequeñas y remotas recelaban de la falta de convencionalismos.

Richard terminó la copa de brandy y pidió otra. Naturalmente, la desaprobación de los vecinos de la señorita Zeale tenía

una causa probable: su moral, o la supuesta ausencia de la misma. Los hombres la deseaban y las mujeres la envidiaban. El interés que Richard había mostrado por ella, por ejemplo –su interrogatorio a la camarera y a la esposa del herrero–, habría provocado gestos de asentimiento y comentarios capciosos. Sin quererlo, era más que posible que hubiera contribuido a aumentar las dificultades de la señorita Zeale. Peor aún, acababa de ocurrírsele que era probable que ella pensara que el interés que había mostrado por ella había sido alimentado por los chismorreos. Que creyera que había hablado con ella porque la consideraba fácil, disponible.

Richard escondió la cabeza entre las manos. Era lo único que podía hacer para no quejarse a voz de grito por su torpeza. «Olvida a esa mujer», se dijo. En Londres había mujeres bellas a centenares, y centenares de miles de mujeres bellas en el territorio que separaba Lynton de Londres. No tenía necesidad de volver a verla nunca más.

Cuando sus pensamientos se volvieron agradablemente confusos, Richard salió del local y cruzó la ciudad para visitar la casa de su amante, Sally Peach.

Durante los días siguientes, Richard se obligó a concentrarse en su trabajo y a hacer planes de futuro. La fábrica de empaquetado de té tenía potencial, pero las instalaciones eran excesivamente pequeñas para permitir su expansión, mientras que el taller de confección de botones era poco más que un cobertizo donde trabajaban hileras de mujeres que se veían obligadas a forzar la vista debido a la mala iluminación. Ambos negocios tenían que crecer para sobrevivir y prosperar. Las clases trabajadoras empezaban a exigir salarios más elevados; en cuanto el grueso de la población ganara más, también podría comprar más, y Richard pretendía sacar provecho de ello. Sabía que los días en que los hombres de negocios se abastecían única y exclusivamente de los ricos habían tocado a su fin y no tenía la más mínima intención de quedarse rezagado por cambios que, estaba convencido, eran inevitables. No haría fortuna vendiendo

tés exclusivos a los ricos, pero tal vez sí vendiendo un té más barato, aunque inteligentemente empaquetado, a los menos adinerados.

Y en cuanto al taller, los botones de madreperla, conchas y cristal eran muy elegantes, pero eran lentos y caros de fabricar. Richard llevaba ya un tiempo buscando un material más barato y adaptable. A principios de año había conocido a Sidney Colville, un químico de la escuela politécnica interesado en las propiedades y la utilización de plásticos de caseína. Colville era un hombre raro, tímido y poco sociable, capaz de encerrarse durante semanas con su trabajo sin hablar con nadie, y pasaba la mayor parte del tiempo en el West Country con Christina, su hermana inválida. Richard pensó que ya iba siendo hora de ir a visitar a los Colville.

Lo preparó todo con los Colville y dio instrucciones a John Temple para que lo sustituyera durante su ausencia. Pero no quería engañarse a sí mismo y pensar que la única razón que le llevaba a volver a Devon era averiguar más cosas sobre los plásticos de caseína. Esta vez, pensó, avanzaría con cuidado. Sidney Colville y la señorita Zeale tenían una cosa en común: ambos eran clientes complicados.

Cuando Richard llegó a Lynton era media tarde y el cielo empezaba a oscurecerse. Impaciente por ver a la señorita Zeale, no fue primero al hotel, como era su intención, sino que tomó el estrecho y empinado camino que conducía a Orchard House.

Aparcó el coche, asomó la cabeza por encima de la verja y vislumbró a la señorita Zeale en el jardín. El corazón le dio un vuelco y experimentó una curiosa mezcla de emociones: placer, miedo y... ¿qué sería eso?... Sí, expectación, como si estuviera a punto de embarcarse en un viaje largo y peligroso. Y reconocimiento, puesto que a pesar de que solo habían intercambiado media docena de frases, ella le resultaba familiar, como si la conociera desde hacía mucho tiempo.

Permaneció varios minutos observándola sin que ella se percatara de su presencia. El viento azotaba la ladera ajardinada, le

alborotaba el cabello, que llevaba suelto, y le hinchaba las faldas. La energía que exhibía era determinada, casi rabiosa. Un tajo de guadaña y al instante caía una maraña de zarzas. Con amplios barridos de rastrillo, recogía las hojas parduzcas de castaño de Indias que emborronaban el césped y las acumulaba en pequeñas pirámides. Pero se había levantado el viento y, por mucho que insistiera la señorita Zeale, las hojas volvían a elevarse en espiral para abandonar los montículos. Dejó caer los hombros, como si empezara a cansarse.

Al oír pasos en el camino alfombrado con cenizas, se giró.

—Traiga —dijo Richard—. Permítame que le ayude.

Se quitó el abrigo, lo dejó colgado en la rama de un árbol y fue a por el rastrillo.

—¿Qué pretende hacer? —dijo ella, furiosa.

—Recoger estas hojas antes de que las escampe el viento.

—Márchese, por favor, señor Finborough —dijo con la voz temblorosa de pura rabia.

Siguió rastrillando las hojas que llenaban el descampado contiguo al césped.

—Es un jardín muy grande para cuidarlo sin ayuda.

Un silencio, hasta que ella replicó tensamente:

—Antes solía subir un chico de Lynmouth para hacer las faenas más duras, pero lleva cerca de un mes sin aparecer por aquí.

—¿Por qué?

La señorita Zeale asió los dos extremos de la chaqueta y se envolvió en ella en un gesto de protección. Lo miró entonces con frialdad.

—¿Por qué cree usted, señor Finborough?

—No tengo ni idea.

—No viene, o su madre no le deja venir, porque ahora estoy sola. Y podría infectarlo con mi maldad —dijo, escupiendo casi esa última palabra.

La rabia y el agotamiento habían dado color a su palidez, intensificando su belleza.

—¿Y lo haría? —cuestionó Richard.

Pensó que le arrearía un bofetón; pero entonces, una vez más, dio la impresión de flaquear un poco.

—¿Por qué la gente siempre tiene que pensar lo peor? —dijo con amargura—. ¿Acaso la vida no es ya dura de por sí como para que nos dediquemos a ver pecados donde no los hay?

—La gente se aburre, imagino. Los pueblos pequeños deben de ser monótonos, sobre todo en invierno. Cualquiera que sea distinto es carne de cañón para los rumores.

La señorita Zeale bajó la vista y frunció el ceño.

—Yo no intento ser distinta. Lo único que he pretendido siempre es pasar desapercibida.

—Los chismorreos no deberían importarle.

—Y no me importan. A mí no. Pero que le criticaran a él...

—¿Se refiere a su patrón?

—Sí. —La arruga del ceño se volvió más pronunciada—. Charles se quedó muy frágil durante sus últimos meses de vida. Me atrevería a decir que teníamos que ir agarrados del brazo cuando bajábamos al pueblo. Y tenía que ayudarle a quitarse los zapatos cuando su reumatismo se agravó hasta el punto de que no podía ni agacharse para descalzarse, y seguro que algún fisgón pasaría por delante de la verja y me vería haciéndolo. Me asquea que la gente decida malinterpretar las cosas de un modo tan despreciable. —Levantó la vista—. ¿Por qué ha venido, señor Finborough?

Había conseguido reunir las hojas en un solo montón.

—Porque me gustan las hogueras —dijo Richard con una sonrisa. Buscó un mechero en el bolsillo del abrigo y lo encendió. El fuego prendió en las hojas secas, que ardieron al instante—. A decir verdad, señorita Zeale, he venido a disculparme. A mi regreso a Londres me di cuenta de que la había puesto en una situación complicada. Quería explicarle que no tenía ningún motivo oculto para querer hablar con usted aquel día.

—¿Y ha venido hasta aquí en coche desde Londres?

—Sí.

—¿Y pretende que crea que ha venido hasta aquí solo para decirme esto?

—En absoluto. Tengo negocios que hacer cerca de Woolacombe.

—Oh —dijo ella, ruborizándose.

El fuego se había extendido y las hojas secas proyectaban llamas.

—La última vez que nos vimos —continuó Richard—, me había quedado atollado muy lejos de casa. Bajo esas circunstancias, uno tiende a acabar hablando con cualquiera que encuentra en la calle. La vi el día que llegué a Lynton. Había tempestad y siempre me ha gustado ver el mar alborotado, razón por la cual bajé caminando hasta el muelle de Lynmouth. La vi en el rompeolas. Y me preocupé por usted.

—¿Se preocupó?

—Estaba junto a aquella vieja torre. Pensé que estaba excesivamente cerca del oleaje.

La señorita Zeale soltó una risotada desdeñosa.

—Siempre que necesito pensar me acerco a la torre Rhenish. Es una costumbre. Me gusta estar allí.

—¿Y en qué pensaba? —Se corrigió con rapidez—. Lo siento... Ha sido entrometido por mi parte...

Se produjo un silencio y entonces, ella volvió la cabeza hacia la casa y dijo:

—No es ningún secreto. Pensaba en mi futuro. Pronto tendré que marcharme de aquí.

La recordó encaramada justo al borde del parapeto de piedra.

—Parecía estar en peligro...

—Estaba a salvo. ¿Qué habría hecho, señor Finborough, si me hubiese caído al mar? ¿Se habría lanzado a mi rescate? —preguntó en tono burlón.

Y él respondió sin alterarse:

—Sí, supongo que sí.

—Qué galante, mostrar tanta preocupación por alguien a quien no conocía en absoluto.

—¿Ha estado en alguna ocasión tan necesitada de compañía, señorita Zeale, que ha hablado con un desconocido que se ha cruzado en la calle?

La expresión de la señorita Zeale volvió a ser cautelosa.

—Una vez —murmuró—. Hace mucho tiempo. Ahora no. —El fuego empezaba a apagarse; la viveza se había esfumado de su

rostro y se estremeció—. Debo irme. Tengo trabajo que hacer. Buenas tardes, señor Finborough.

Richard se esforzó por no volver muy pronto a Orchard House. Pasó las jornadas siguientes con los Colville en la casita que tenían alquilada cerca de Woolacombe, donde Sidney Colville, que aquellos días estaba hablador, intentó explicarle la composición química de los plásticos de caseína sirviéndose de un montón de garabatos. De vez en cuando salían a tomar un poco el aire. Sidney, ornitólogo entusiasta, le mostraba las distintas aves marinas. Richard escuchaba con educación y pensaba en la señorita Zeale.

Regresó a Lynton a finales de la semana y se concentró en averiguar cosas sobre ella. La investigación le informó de que el nombre de pila de la señorita Zeale era Isabel, que había empezado a trabajar en Orchard House hacía dos años, en verano de 1907. Charles Hawkins, su patrón, había sido director de una escuela privada de primaria para chicos hasta el fallecimiento de su esposa, hacía de eso siete años. A pesar de que el pueblo toleraba las excentricidades del señor Hawkins, no sucedía lo mismo con las de su ama de llaves. La vestimenta de la señorita Zeale, su acento, que carecía de ese runruno gutural característico de Devon, su negativa a responder a la curiosidad que despertaba su pasado, todo en conjunto había provocado recelos. Incluso su afición a la lectura había incitado las sospechas de la gente del pueblo. Richard llegó a la conclusión de que, bajo el punto de vista de sus vecinos, la señorita Zeale había cometido el crimen más atroz posible: destacar. Pero su pecado más oscuro quedaba solo a nivel de indirectas. Nadie había tenido el valor de decirle que Isabel Zeale se había aprovechado de su puesto de ama de llaves para convertirse en amante de Charles Hawkins, aunque las insinuaciones eran evidentes.

La siguiente vez que Richard la vio fue en la ciudad. Había ido caminando hasta el puerto después de desayunar; de regreso, paseando por las calles de Lynton, la había avistado por delante de él. Llevaba su chaqueta roja y cargaba con una cesta de la

compra. Y justo en aquel momento, unos cuantos hombres que salían del pub le dieron un empujón, a resultas del cual la cesta cayó al suelo. Los abucheos y las carcajadas acompañaron el recorrido de una barra de pan hacia la alcantarilla y la fisura de una bolsa de harina, cuyo contenido quedó esparcido por los adoquines.

La señorita Zeale se agachó para recoger sus pertenencias. Una calabaza había llegado rodando hasta los pies de Richard, que la recogió y corrió rápidamente a su lado.

—Tenga —dijo, metiéndola en la cesta—. Enseguida le ayudo con el resto.

Ella le tiró de la manga.

—No. Déjelos en paz.

—La han empujado expresamente. Lo he visto. No puedo permitir que se salgan con la suya.

—Si habla con ellos, solo servirá para que me atormenten aún más —dijo con voz baja y tono apremiante—. Usted se marchará de aquí en un par de días, pero yo me quedo. No tengo dónde ir.

Richard asintió, a regañadientes. Le ayudó a recoger lo que quedaba en el suelo. El pan estaba embarrado y el periódico empapado, sus páginas convertidas en papel maché.

—Permítame, al menos, restituirle estas cosas.

—No, gracias. —Estaba muy pálida—. Pero si fuera usted tan amable de acompañarme un poco en el camino de vuelta a casa..., solo para estar segura de que...

Richard asió la cesta y echaron a andar. Antes de llegar a la esquina, oyeron una voz que gritaba:

—¿Te gustan los ricos, verdad, encanto? ¡Lo mejor son los viejos ricos y trajeados!

Hubo risotadas. Richard vio que la señorita Zeale se había quedado blanca y cerraba la boca con fuerza.

Le concedió unos minutos para que recuperara la compostura y en cuanto empezaron a enfilarse la cuesta, le preguntó:

—¿Quién son?

—¿Los Salter? Son pescadores, hermanos, viven en Lynmouth.

—¿Los conoce?

—Hubo un tiempo en que... —Se interrumpió, mordiéndose el labio. Y a continuación murmuró—: Cuando vine a vivir aquí me sentía muy sola. Charlé informalmente con Mark Salter un par de veces. Fue una tontería por mi parte, puesto que él lo interpretó de la peor manera posible.

—¿Suelen molestarle de esta manera?

—Ahora que el señor Hawkins ya no está para protegerme se muestran más valientes.

—¿Más valientes? —Se quedó mirándola—. ¿Los califica de valientes?

La señorita Zeale se retiró el pelo de la cara.

—No me dan miedo. Mark Salter dice que quiere casarse conmigo. Y han llegado a la conclusión de que los he ofendido porque he rechazado su propuesta. ¡Jamás me casaría con un hombre tan rastrero e ignorante!

Habían llegado al sendero boscoso que conducía hasta Orchard House. Ella extendió el brazo para llevar la cesta.

—Enseguida estaré bien, señor Finborough.

—Tonterías. La acompañaré hasta la casa.

Recorrieron el estrecho sendero. Las ramas de las hayas proyectaban un encaje de sombras sobre el camino; más allá de las hayas, un bosquecillo de avellanos tapaba la vista de la colina y el pueblo.

Caminar a su lado, juntos bajo la titilante penumbra, le producía a Richard un agudo e intenso placer. De modo que uno de aquellos patanes de pueblo pretendía casarse con ella. ¿Pero qué quería él, Richard Finborough, de la señorita Zeale? La deseaba, era evidente, pero no era una necesidad única y exclusivamente física. Buscaba también algo más: su atención, quizá, su apreciación. Quería borrar esa indiferencia que le provocaba su compañía y que tanto le exasperaba y que ella, además, ni siquiera se tomaba la molestia de ocultar.

Llegaron a la casa. La señorita Zeale abrió la puerta con un atisbo de indecisión en la mirada, y entonces espetó:

—¿Me permite que le ofrezca una taza de té, señor Finborough?

Él le dio las gracias. Mientras seguían andando, ella le contó que la casa iba a ser heredada por un sobrino de su antiguo patrón, un tal señor Poole, que vivía en la India.

—Esta mañana ha llegado una carta del señor Poole —le explicó—. Tiene intenciones de zarpar hacia Inglaterra en cuanto le sea posible. Yo esperaba que...

—¿Qué?

—Que el señor Poole decidiera quedarse en la India. Que tal vez me permitiera seguir cuidándole la casa. Una estupidez, lo sé.

—¿Y no existe la posibilidad de que quiera que siga siendo usted el ama de llaves?

Abrió la puerta.

—El señor Poole tiene esposa e hijos. Y siempre habría algún chismoso dispuesto a contarle cosas sobre mí a la señora Poole, de eso no me cabe duda, después de lo cual me despedirían. —Entró en la casa; Richard la siguió—. Y además, no creo que pudiera soportar estar aquí con desconocidos. —Sus ojos, de aquel turquesa tan pálido y tan puro, se cruzaron brevemente con los de él antes de proseguir—. Mire, yo quería a Charles. Oh, no, no del modo en que me acusan los chismorreos, naturalmente..., pero le quería.

Cuando Richard entró en la casa experimentó, además de interés y curiosidad, cierta sensación de triunfo, puesto que era consciente de que acababa de derribar la primera muralla de defensa de una ciudadela. El vestíbulo estaba decorado con una pata de elefante convertida en paragüero y un perchero del que colgaban abrigos de paño y chubasqueros. En el alfeizar de la ventana había tres globos terráqueos, dispuestos como planetas orbitando en el espacio. En el pasillo, estanterías repletas de libros se extendían desde el suelo hasta el techo. Había libros nuevos, pero en su mayoría eran antiguos, sus lomos deshilachados como telarañas. Al otro lado de las puertas abiertas de las estancias que daban al pasillo, Richard vislumbró más estanterías, más libros.

Los suelos de madera estaban relucientes; las habitaciones olían a cera de abeja y lavanda.

—Un lugar encantador —dijo—. Comprendo que le sepa tan mal abandonarlo.

La señorita Zeale acarició la madera de roble gastada de un pasamanos.

—Ha sido mi santuario.

—Cuénteme cosas sobre su antiguo patrón.

Era la primera vez que la veía sonreír.

—Jamás había conocido a nadie como él. Charles sabía... de todo. Fue siempre muy bondadoso conmigo. Me enseñó muchas cosas. Me dejaba leer cualquier libro que yo eligiera, el que fuese. —Su voz mantenía todo el rato un tono de asombro—. Me recordaba a mi padre, aunque a mi padre la vida no le dio esas oportunidades.

—¿Qué le pasó a su padre?

—Murió de tuberculosis.

—¿Y su madre?

—Murió poco después de que yo naciera.

Siguió adentrándose en la casa y abrió la puerta del fondo del pasillo. Richard entró en una gran cocina. En la pared opuesta, una hilera de cacerolas de cobre, tan relucientes que habían adquirido un brillo rosado, colgaba en orden descendente. La vajilla estaba ordenadamente apilada en estanterías y el fregadero y el suelo resplandecían.

Dejó la cesta encima de la mesa.

—¿Qué piensa hacer cuando se marche de aquí?

—Buscaré otro trabajo.

—¿En Devon?

—No creo. El señor Hawkins escribió buenas referencias, pero le sorprendería saber la velocidad a la que viajan los chismes. Creo que tendré que irme a otra parte del país. Pero aborrezco la idea de tener que alejarme de West Country. Aquí he sido feliz.

Se acercó al fregadero para llenar la tetera. Richard aprovechó la oportunidad para admirar su figura y percatarse de la estrechez de sus hombros y cintura y la generosidad de sus caderas.

—¿Le han ido bien los negocios que tenía pendientes en Devon, señor Finborough? —preguntó ella.

—Sí, creo que sí. —Le habló de Sidney Colville y de su interés por los plásticos de caseína—. Es el material del futuro. Es un producto extraordinario, que puede moldearse y adoptar cualquier forma, teñirse del color que desees. —Sonrió—. ¿Sabe de qué está hecho, señorita Zeale?

—No, me temo que no.

—De leche de vaca. —Rio—. ¿No le parece extraordinario? Tengo intención de fabricar botones hechos con leche de vaca. Pero antes de invertir dinero en ese proceso, necesito entender su ciencia.

—Una vez, el señor Hawkins cortó una flor por la mitad para enseñarme sus partes. Decía que es imposible entender debidamente cualquier cosa si no sabes cómo está hecha.

—Me parece un sabio consejo. Hay cosas que son más difíciles de entender que otras, claro está, pero pienso que si persevero, siempre consigo llegar hasta el final.

La señorita Zeale estaba en el otro extremo de la estancia, recelosa todavía.

—Confío en que así lo haga, señor Finborough —murmuró—. En eso confío.

A la mañana siguiente, Richard se levantó temprano y salió del hotel sin desayunar. Se encontró enfilando la ciudad y recorriendo el camino techado por árboles como si hubiera una fuerza física que tirara de él. El sol no había salido del todo y la neblina se enredaba entre helechos y zarzas; los árboles se alzaban por encima de él, desraizados aparentemente del suelo. La cabeza no cesaba de darle vueltas y se sentía nervioso e inquieto, rebosante de desasosegada energía.

Al llegar a Orchard House, vio que la verja estaba abierta, oscilando aún. La pulcritud del jardín estaba mancillada por un reguero de basura. Peladuras de patata y cabezas de pescado podrido llenaban el caminito de cenizas y las rosas estaban

envueltas en trozos de papel de periódico. En el porche también había basura.

Se abrió entonces la puerta y apareció Isabel Zeale, cargada con una escoba. Al verlo, se quedó paralizada.

—Zorros —dijo enseguida—. Los autores de todo este lío.

Sabía que mentía. Los zorros que habían visitado la casa por la noche tenían rostro humano. Pero la expresión de la señorita Zeale era desafiante y Richard comprendió que contradecirla sería un error.

—Le ayudaré a limpiar —dijo.

—No es necesario.

Le hizo caso omiso.

—Lo mejor sería una pala. ¿Hay alguna en el cobertizo?

Cuando toda la basura estuvo recogida en cubos, ella le invitó a pasar a la casa para lavarse. Cuando Richard salió del guardarropa, dijo:

—Desayunar, necesitamos desayunar. Estoy seguro de que hace usted desayunos estupendos, señorita Zeale. En el hotel siempre queman el beicon.

Ya en la cocina, continuó hablando mientras ella cocinaba. Le explicó cosas sobre su infancia en Irlanda, le contó que pescaba en el río y jugaba en la playa. Le contó asimismo que había llorado cuando tuvo que dejar su casa con ocho años para ir a estudiar a un internado en Inglaterra y cómo contaba los días que faltaban para disfrutar de las vacaciones escolares. Y mientras hablaba, lo percibía todo con increíble claridad: el aroma del beicon en la sartén, el olor ácido y fuerte de la mermelada, el sonido de la grasa al salpicar y el rumor de los pasos de ella sobre el suelo enlosado. Y, por encima de todo, percibía su imagen, el rizo negro que le rozaba el pómulos, un botón desabrochado en el puño (seguramente por las prisas con que se había vestido) que dejaba entrever un par de centímetros de muñeca. Richard habría dado un año de su vida por poder acariciar aquella fina y pálida muñeca, por presionar los labios sobre ese fragmento de piel, por olerla, por saborearla. El deseo resultaba vertiginoso, casi mareante.

Depositó el plato delante de él.

—¿Se encuentra bien, señor Finborough?—, oyó que le preguntaba, y entonces se dio cuenta de que tenía las manos inmóviles justo encima del cuchillo y el tenedor, que estaba, literalmente, perdiendo el control.

—Perfectamente bien —respondió, y empezó a comer pese a que había perdido el apetito y los excelentes huevos con beicon que había preparado la señorita Zeale no le supieran a nada.

Aquella tarde siguió el camino de los acantilados hacia el oeste de Lynmouth. Contemplando las olas romper contra las rocas, pensó en Isabel Zeale. Visualizó su postura orgullosa y erguida, su cabello negro, grueso y brillante, su piel clara y aquellos ojos del color de la aguamarina. ¿Qué tendría aquella mujer que le atraía de esa manera, que le obligaba a permanecer allí cuando cualquier pensamiento racional, cualquier atisbo de sentido común, le decía que debería regresar a Londres y no volver a verla nunca más?

Se había enamorado de ella, imaginaba. Su garganta emitió un sonido ronco, una cosa que podría situarse entre un gruñido y una carcajada. El viento regresó de repente, una cortina de lluvia en la cara. Había superado los primeros veinticinco años de su vida sin enamorarse. ¿Por qué tendría que sucederle ahora, en aquel lugar y con aquella mujer? La posición de Isabel Zeale en la vida era notablemente inferior a la de él. Era una criada, un ama de llaves. Su reputación era dudosa, por no decir otra cosa peor, y en lo referente a su carácter... era orgullosa y distante, de lengua afilada y viperina. Tal vez, pensó con ironía, era lo que se merecía por todas las veces que él había fingido amor por el bien de las formas y sin sentirlo ni un ápice. Por las debutantes con las que había bailado, por las jóvenes con quien había flirteado y por las mujeres casadas que, aburridas de sus maridos ricos y ancianos, se habían rendido encantadas en brazos de un amante joven y entusiasta.

La lluvia se intensificó y Richard emprendió el camino de regreso al pueblo. El mar era una superficie de peltre enrabietada y la luz menguaba a toda prisa. Sabía que debía marcharse

de Lynton; el sentido común le decía que se marchase y no volviese jamás. ¿Qué hacía él allí, colmando de atenciones a una mujer como Isabel Zeale? Sabía además que no tenía suficiente con ser el amigo amable que le llevaba la compra y limpiaba la basura que aquellos rufianes habían vertido en su porche. Nunca tendría suficiente. ¿Cuál era, entonces, el objetivo de sus visitas? ¿Seguiría insistiendo, hasta agotarla, hasta conseguir forzar en ella algún tipo de vínculo emocional, la percepción de que le debía algo? Hacer eso sería despreciable, una explotación de su riqueza, su fuerza y su clase. Le convertiría en un hombre peor aún que los Salter.

Isabel Zeale no tenía un céntimo, no tenía amigos y pronto no tendría ni un techo. Su carácter independiente y desdeñoso no alteraba el hecho de que fuera una criatura indefensa, una mujer sola. Y su asombrosa belleza no hacía más que incrementar su vulnerabilidad. Lo mejor que podía hacer por ella era pasarle el nombre de una viuda o de un matrimonio mayor que necesitaran un ama de llaves.

Pero ni siquiera podía hacer eso por ella. La implicación que tenían, por limitada que fuese, dependía de no haber reconocido abiertamente de entrada la inferioridad de ella. Sacar a relucir que era de una clase inferior sería humillarla. Imaginaba que el orgullo era un factor esencial para ella, que le ayudaba a seguir cohesionada y que, de poder elegir, la señorita Zeale preferiría que él regresase a Londres.

Que era lo que debía hacer, y lo antes posible, sin más dilación. Debía poner fin a aquel vínculo, a aquella obsesión. Y aunque la idea de no volver a ver más a Isabel Zeale le dolía mucho más de lo que había imaginado posible, sabía que era lo más sensato y lo que tenía que hacer.

El recepcionista le entregó un telegrama a su llegada al hotel. Era de John Temple. Le informaba de que se había declarado un incendio en la fábrica de empaquetado de té y le solicitaba que regresara a Londres de inmediato. Richard hizo rápidamente las maletas, pagó la cuenta y abandonó el hotel. Llegó al cruce de la salida del pueblo. Tenía ante él la carretera hacia Bridgwater y Londres.

Frenó en seco. Tamborileó con los dedos el volante y fijó la vista en la húmeda y tenebrosa oscuridad. Pensó en el incendio, en la fábrica y en todas las cosas que tenía que hacer. Era consciente de que el tiempo pasaba y el reloj seguía marcando los minutos; era consciente también de la combinación de impaciencia y rabia que sentía.

Golpeó con el puño el volante y dio media vuelta, enfilando otra carretera. Cuando llegó al camino que llevaba hasta Orchard House, se sumergió en la penumbra flanqueada por árboles. Las ramas bajas golpeaban el capó y el destello de los faros del Dion apenas alumbraba las tinieblas. La lluvia aporreaba el parabrisas y a punto estuvo de pasar de largo la casa, puesto que era difícil distinguirla en la negrura de la noche. Al salir del automóvil, se hundió hasta los tobillos en un charco.

Las verjas estaban cerradas, el porche a oscuras. Pero ya conocía el camino y recorrió el sendero que transcurría entre parterres de flores hasta llegar a la puerta y llamar con los nudillos. Solo se veía resplandor de luz en una de las ventanas y tuvo que llamar una segunda vez antes de oír pasos en el interior.

La puerta se abrió una rendija. Le habló entonces al pedacito de luz que cortaba la oscuridad.

—Soy yo, Richard Finborough —dijo—. Le pido disculpas por presentarme a estas horas, señorita Zeale, pero tengo que marchar enseguida por un asunto urgente. Se ha producido un incendio en una de mis fábricas y debo regresar a Londres. Pero no podía marcharme sin hablar antes con usted.

—Es tarde, señor Finborough.

—Por favor.

Hubo un instante de pausa y se abrió la puerta. La señorita Zeale lo guio hacia el salón. Al lado de una butaca había una cesta de costura y un libro abierto sobre una mesita auxiliar.

—Estoy molestándola, le ruego de nuevo que me disculpe. —No tomó asiento, sino que empezó a deambular por la estancia—. Me dijo que se marcharía de la casa en cuanto llegara de la

India el sobrino de su antiguo patrón. ¿Y que llegaría más o menos en cuestión de un mes?

—Eso imagino.

—¿Y que su intención era buscar otro trabajo?

—Ya he empezado a hacerlo. Debo hacerlo. Tengo un poco de dinero ahorrado, pero...

Se quedó en silencio y se ruborizó débilmente.

—El tema es que se me hace difícil pensar que nunca más volveré a verla.

—Me atrevería a decir que saldrá airoso de ello —replicó con frialdad.

—No, no creo.

—Señor Finborough...

—Escúcheme, por favor. —Frunció el ceño—. Antes de conocerla me sentía más que satisfecho. Tenía mi trabajo, mis amistades en Londres y con eso me bastaba. El día que se averió mi automóvil, mi intención era salir de este minúsculo e insignificante pueblo lo antes posible y no volver a verlo en mi vida.

—Yo nunca busqué su compañía —dijo ella con la misma frialdad.

—No —replicó él, soltando una breve risotada—. Y no puedo acusarla de hacerlo. Pero sucede que cuando estoy lejos, no puedo dejar de pensar en usted. Y cuando la tengo cerca...

—¡Oh, ahórrese todo eso, por favor! —exclamó ella, y él se interrumpió, sorprendido.

—¿Señorita Zeale?

—¿Acaso no sabe que podría escribirle perfectamente el guión? —Richard se dio cuenta de que le temblaba la voz de rabia—. Ya lo he oído otras veces. ¡La declaración de un amor imperecedero, la imposibilidad de vivir sin mí y todo lo demás!

—Lo siento mucho si la aburro —dijo él con cierta tensión—. Pero permítame hablar.

—No. No, no se lo permitiré. —Se había alejado de él y cruzado de brazos—. Me niego a ser insultada. No hay nada que pueda decir capaz de alterar ni una pizca mis planes.

Richard puso mala cara.

—¿Nada?

—Nada en absoluto.

Su terquedad le hizo perseverar.

—Cuando nos conocimos, me dejó claro la aversión que le inspiraba. Pero últimamente había empezado a preguntarme si le displacía algo menos. Señorita Zeale, Isabel...

Ella le interrumpió.

—¿Se cree que es el primero? De ser así, se equivoca. ¡Desde que llegué a Lynton no han dejado de acosarme hombres como usted!

Aquellas palabras lo sorprendieron y silenciaron. Lo tenía clasificado dentro del mismo grupo que aquellos rufianes que la habían atacado en la calle, burdos pescadores de las casuchas de Lynmouth. Dijo entonces, muy lentamente:

—Hombres como yo. Dígame, señorita Zeale, ¿qué haría a continuación un hombre como yo?

Ella corrió hacia la puerta y la abrió.

—No me insulte más, se lo ruego. Márchese, por favor.

—Quiero que me lo diga.

Escuchó una exhalación furiosa. Y vio que tenía las manos entrelazadas, los nudillos blancos.

—Muy bien. A continuación me ofrecería dinero. Y lo haría con tacto o sin él. Esperaría de usted que lo hiciera con tacto, señor Finborough. Y luego, quizá, me alquilaría unas habitaciones en Barnstaple o Exeter. Y después...

—¿De modo que esto es lo que piensa de mí? —dijo él, enfadado—. ¿Piensa que he venido aquí para convertirla en mi amante? ¡Piensa que he venido aquí a comprarla!

—¿Y no es así?

Richard apenas se veía con fuerzas para hablar. Apartó la vista y miró por la ventana, donde el viento azotaba las ramas de un rosal contra el vidrio provocando un sonido que recordaba el de unas uñas dando leves golpecitos. El enojo fue dando paso a una sensación de desengaño y desilusión.

—La verdad es —dijo—, que había venido hasta aquí para decirle que la amo.

Ella murmuró con desdén.

—¡Cómo puede!

—¿Por qué está tan segura?

Ella dio un paso hacia él, que casi pensó que iba a abofetearlo.

—Tal vez viva en un pueblo minúsculo e insignificante, señor Finborough, tal vez sea una simple ama de llaves... ¡pero no soy estúpida!

—Jamás se me pasó por la cabeza pensar eso de usted. —El enojo estaba de vuelta—. Fría, sí. Reticente, por supuesto. Grosera y desagradable, naturalmente. Pero estúpida no, jamás.

—Siento mucho haberle causado una impresión equivocada. Siento mucho si tal vez le he motivado de alguna manera...

—¡Oh, no, señorita Zeale, es evidente que eso no lo ha hecho!

—En ese caso, no hay excusas, no hay ninguna excusa que justifique su presencia aquí. ¡Señor Finborough, lo consideraba un caballero incapaz de sumarse a la lista de quienes me atormentan!

Se produjo un momento de silencio durante el cual aquellas palabras parecieron repetirse en un eco. Acto seguido, Richard recogió el sombrero y los guantes.

—Gracias por dejar tan claros sus sentimientos, señorita Zeale —dijo—. Gracias por ser tan... explícita. Y ya que es evidente que mi compañía le resulta tan desagradable, no la molestaré ni un instante más.

Abandonó la casa. Unos minutos más tarde, estaba en su automóvil desandando el camino. «Que la zurzan», se dijo. Estaba mucho mejor sin ella. Debería sentirse contento por haber logrado escapar de aquella mujer. Pero cuando con un chirriar de neumáticos dejó atrás el camino y tomó la carretera hacia Londres, no se sintió aliviado, sino desdichado.

Condujo rápido, excesivamente rápido teniendo en cuenta la estrechez de las carreteras y el tiempo de perros que hacía. Los neumáticos del Dion levantaban impresionantes estelas de agua y en un par de ocasiones notó una pérdida de tracción y tuvo que pelearse por recuperar el control del automóvil. Al llegar a una pequeña aldea, aparcó y entró en un pub, donde pidió un

whisky. Mientras bebía, sorprendió su imagen reflejada en el espejo que había encima de la chimenea. Vio una cara blanca, un cabello pelirrojo oscurecido por la lluvia y en los ojos, una mezcla de rabia, rencor y hostilidad. No le extrañaba en absoluto que el camarero se hubiera apresurado en servirle, pensó de forma grotesca, y tampoco le extrañaba que la clientela se mantuviera tan alejada de él.

Salió del pub y regresó al Dion. No puso el motor en marcha, sino que permaneció sentado observando por la ventanilla las formas negras y borrosas de las casas fundidas con la lluvia. Podía culparla a ella por haber sacado conclusiones prematuras o podía culparse a sí mismo por haber gestionado mal la situación. Pero la verdad era más profunda que todo eso, una verdad que todavía no había reconocido. Era incapaz de imaginarse un futuro que no incluyera a Isabel Zeale. Recordarse que ella era de una clase social inferior o que se conocían desde hacía poquísimo tiempo era inútil; recordarse que el sentido común le dictaba que debía enamorarse de una mujer de su clase, de una mujer que pudiera aportar dinero al matrimonio, era igualmente improductivo. Estaba, de un modo que ni siquiera pretendía comprender, unido a ella.

Hasta el momento, había tenido en la vida todo lo que había querido. Ansiaba todo lo mejor que el mundo tenía que ofrecerle: poder, riqueza y éxito. Después de haber tomado la decisión de recuperar la fortuna de los Finborough, estaba saliendo adelante y recuperando gran parte del terreno que su padre había perdido. Y por lo que a las mujeres se refería, podía decir con total honestidad que nunca hasta la fecha se había visto rechazado.

Richard cerró los ojos y se adormiló un rato. Cuando se despertó, el pub había cerrado y no se veían luces en las ventanas de las casitas. Puso el coche en marcha y emprendió camino de regreso a Lynton. Había dejado de llover y el cielo estaba despejado. Cuando enfiló el camino cubierto con árboles que conducía a Orchard House, vislumbró la luna llena entre el follaje. Al llegar a la casa, aparcó y esperó.

Unas horas más tarde, con la llegada del amanecer, salió del coche y estiró las piernas. La temperatura había caído en picado y los charcos estaban cubiertos con una fina capa de hielo resquebrajado que recordaba la filigrana de plata. Mientras caminaba por el sendero de ceniza, le pareció ver en la casa el destello de una lámpara de aceite. Y entonces se abrió la puerta y apareció Isabel Zeale, un chal cubriéndole el camisón, el cabello derramándose en cascada sobre su espalda.

Recorrió el camino en dirección a él. A medida que se aproximaba, Richard se fijó en su aspecto cansado, en lo pálido de su rostro y en sus ojeras oscuras.

—Siento haberla despertado —dijo—. He intentado no hacer ruido.

—¿Qué quiere de mí, señor Finborough? —musitó ella.

—Le pido disculpas si anoche la ofendí. Pero no me arrepiento en absoluto de haberle dicho que la quiero.

Ella cerró un instante los ojos.

—Señor Finborough, si queda en usted un mínimo de bondad y algo de respeto hacia mí, le ruego que se marche, por favor.

Richard negó con la cabeza.

—Todavía no. Me preguntó qué quería de usted. Quiero que se case conmigo, Isabel. Esto es lo que quiero. —Levantó la mano, interrumpiendo sus posibles palabras—. No diga nada por el momento. Debo marcharme a Londres. Pero, piénselo. Piénselo, se lo ruego. Estaré de vuelta en una semana. Puede darme su respuesta entonces.

Se marchó. La miró por última vez antes de cruzar la verja. Isabel seguía allí, en el jardín, una columna blanca, inmóvil, paralizada.

En Londres, entre el alivio de saber que nadie había resultado herido en el incendio y las tareas de derrumbe de lo que quedaba de las instalaciones, Richard se entretuvo enviando regalos a Isabel Zeale.

Flores de invernadero el primer día, un ramo enorme, transportado en tren desde una floristería de Londres hasta Lynton. En una librería de Charing Cross, eligió un libro de poesía de Christina Rossetti, encuadernado en cuero rojo y con páginas con cantos dorados. En el interior, en la hoja de guarda, escribió: «Para Isabel, con amor. Richard». Le complacía pensar en las muchas veces que, en los años venideros, tal vez escribiría aquella dedicatoria.

Al día siguiente le envió una camelia en una maceta; el día después, un fajo de revistas con la última moda. Luego una sombrilla de seda negra con mango de madreperla, ya que en esa parte del mundo donde vivía Isabel Zeale llovía muchísimo.

Antes de elegir su último regalo pensó en ella, sola en su ciudadela. Un recadero transportó personalmente hasta Lynton la cesta de mimbre que contenía un cachorro de King Charles *spaniel*. La nota que acompañaba la cesta decía: «Se llama *Tolly*. Todos los perros Finborough se llaman *Tolly*, aunque no tengo ni idea de por qué. R.»

Nada de perfumes, ni medias de seda, ni joyas, nada que diera por supuesto una intimidad que no existía aún. Su intención era cortejarla, no asustarla.

Al final de la semana, se desplazó de nuevo en coche hasta Devon. Durante el trayecto hacia la península de West Country, se sintió eufórico y lleno de vida. Por la mañana, se presentó en Orchard House.

—Cásese conmigo, Isabel —dijo.

—No.

La palabra le salió como un chillido; parecía presa del pánico. Richard asintió, impávido.

—En ese caso, acompáñeme al menos a dar un paseo. Necesito estirar las piernas después de un viaje en coche tan largo. Nos llevaremos el perro.

Richard eligió una ruta por los campos que dominaban la ciudad. Mientras andaban, le contó cómo le había ido la semana: el incendio, la pérdida del negocio, la búsqueda urgente de una nueva fábrica. Hacía un día frío y neblinoso y cuando

alcanzaron el punto más elevado, allí donde los pastos cedían paso al tojo, contemplaron las nubes que emborronaban el valle. Por delante de ellos, los fragmentos de una nubecilla corrían siguiendo el perfil de la colina. Un sol invernal había empezado a fundir la niebla.

Emprendieron el camino de bajada, hacia el lugar que todos conocían como el Valle de las rocas, donde el viento, el agua y el hielo habían esculpido extrañas formaciones en la arenisca y la caliza. Las columnas de roca y los conglomerados de piedras y cantos rodados se alzaban por encima de angostos valles cubiertos de hierba. Más allá se veía el mar.

—Entiendo por qué le gusta esta parte del país —dijo Richard—. Un día le compraré una casa allí abajo.

Isabel replicó rápidamente en voz baja:

—Estoy segura de que ve que este matrimonio es imposible. Y estoy también segura de que no es necesario que le detalle por qué.

—Nada es imposible cuando uno pone todo su empeño en ello.

—Tontería —dijo ella con brusquedad—. Lo dice porque jamás le ha faltado de nada. Hay muchas cosas imposibles.

—Nunca me lo ha parecido.

—Señor Finborough...

—Richard, por favor.

—Richard, pues, no puedo casarme con usted. Si..., si me pretende de esta manera es solo porque he desbaratado sus planes. Supongo que está acostumbrado a salirse con la suya.

Richard echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Diría que sí. Pero ese no es el motivo por el que quiero que se case conmigo.

—¿Cuál es entonces? —susurró ella.

—Ya se lo dije. La amo.

—Supongo que habrá estado enamorado en otras ocasiones.

—No, no creo. Creí estarlo, pero me equivocaba.

Ella le lanzó una mirada hostil.

—¿Le doy lástima? ¿Es por eso que me dice estas cosas? De ser así, no es necesario. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma. Llevo años haciéndolo.

—¿Piensa que estoy pidiéndole que se case conmigo porque me da lástima? —Negó con la cabeza—. Vamos, Isabel, esa idea es increíble. Hay muchas jóvenes en un estado mucho más lamentable que el de usted. ¿Debería pedirles a todas la mano en matrimonio?

—Entonces, no lo entiendo —replicó ella sin apenas voz.

Las olas rompían abajo, a los pies de los escarpados acantilados de arenisca roja. Richard se acercó al borde del precipicio, como queriendo ponerse a prueba sintiendo el vacío.

—En estos momentos debería estar en Londres buscando un nuevo local para mi fábrica —dijo—, pero estoy aquí, porque me parece que lo más importante del mundo en este momento es que acceda a casarse conmigo. Quiero cuidar de usted. Quiero protegerla. Quiero llevarla a Londres y quiero enseñarle Raheen. Quiero que su cara sea la primera que vea cuando me despierte cada mañana. Quiero hacerme viejo a su lado. Es simplemente eso.

Isabel se giró, la boca cerrada con fuerza. Siguieron caminando, valle abajo, hacia la costa. Richard le pidió que enumerara todas las objeciones que tenía contra aquel matrimonio, una a una. Sabía que podía refutarlas, aniquilarlas, hasta que no le quedaran argumentos.

—Nos conocimos hace apenas unas semanas —observó ella—. No lo conozco, Richard.

—Eso tiene fácil solución. Podemos tener un noviazgo todo lo largo que quiera, aunque soy de la opinión que cuanto más corto, mejor para usted. Y si cuando me conozca bien sigue encontrándome repulsivo, no me quedará más remedio que aceptar la derrota.

—No lo encuentro repulsivo.

Richard se dio cuenta de lo mucho que le había costado reconocerlo.

—Bueno, esto ya es un principio —dijo con despreocupación.

A los pies de la colina, un arroyo desaguaba en una pequeña cala. En el suelo de la caleta se amontonaban piedras grises de formas irregulares y Richard le dio la mano para ayudarle a sortearlas. El perro correteaba por delante de ellos y le ladró al mar.

La marea había bajado y dejado a su paso arena gruesa y grisácea y una multitud de brillantes guijarros multicolores. En una piscina creada entre las rocas, una anemona de color granate como una ciruela ondulaba sus tentáculos y un cangrejo verde claro, al percibir seguramente la vibración de sus pisadas, corrió a esconderse bajo una piedra.

—Nuestra diferencia de clase hace imposible el matrimonio —dijo ella, con carácter terminante—. Es una dificultad insuperable, reconózcalo.

—Tonterías. Eso no me preocupa en absoluto.

—¡Richard!

Le gustaba cómo pronunciaba su nombre, incluso cuando su voz iba acompañada por aquel matiz de exasperación.

—¿Qué pasa?

—Pasa que es muy sencillo: ¡usted es rico y yo soy pobre!

—Si se casa conmigo será rica. Aún no lo soy, Isabel, pero pretendo ser rico algún día. Y además, he sido pobre. No hace mucho tiempo, mi familia lo perdió casi todo.

—Eso de lo que habla no es pobreza —replicó ella con amargura—. La pobreza es preguntarse de dónde saldrá la comida de mañana o si de aquí a una semana tendrás un techo bajo el que cobijarte. ¡Escúcheme bien, Richard! Mi padre trabajaba como administrativo del tesorero de una importante finca de Hampshire. Al caer enfermo, perdió su trabajo y tuvimos que dejar nuestra casa. Cuando falleció, tuve que emplearme en el servicio doméstico. Trabajé como niñera de una familia de Kent antes de convertirme en ama de llaves del señor Hawkins. ¡Los hombres como usted, Richard, no se casan con mujeres como yo! ¡Nos convierten en sus amantes, pero no se casan con nosotras!

—Yo quiero casarme con usted. Y eso es lo único que importa. —Después de que rompiera con fuerza una ola, le secó con la punta de los dedos el agua que le había mojado la mejilla y vio que temblaba—. Acceda a ser mi esposa, Isabel —dijo en voz baja— y podrá dejar atrás las penurias y las privaciones. Tendrá las comodidades y la felicidad que necesita y se merece. Cásese

conmigo y nunca más necesitará de nada. Cásese conmigo y nunca más volverá a sentirse sola.

Le pareció que titubeaba, que se sentía tentada.

—Su familia... —murmuró.

—Mi madre la querrá. No tengo a nadie más.

—Si llegáramos a casarnos, se convertiría en el hazmerreir de toda su gente. Sus amigos lo abandonarían y sus empleados le perderían el respeto.

«Si llegáramos a casarnos». Las defensas empezaban a derrumbarse, un banco de arena barrido por el oleaje. Richard experimentó una corriente de excitación y placer.

—Tal vez al principio habría habladurías —reconoció—. Pero la gente acabaría perdiendo el interés y volcaría su atención en cualquier otro escándalo. Londres no es Lynton. En Londres la gente se busca la vida, gente de todas las clases, religiones y razas. Y además, en cuanto la conocieran, la querrían también, como yo.

—Debe de tener usted obligaciones sociales. Yo le decepcionaría.

—Ofrecer una cena o saber cómo vestirse para acudir a la ópera —dijo, airado—, no son empresas complicadas.

—No, Richard. —Un gesto de negación enérgico—. Llevo sirviendo tiempo suficiente como para saber que esas cosas son empresa complicada, que pueden cometerse mil errores y que puedo decepcionarlo de mil maneras distintas.

—¿Cree que me importaría que se liase con la cubertería?

—Lo que le importaría sería que sus amigos se sintieran turbados en el transcurso de alguna celebración relevante —dijo sin perder la calma—. Le importaría cuando sintiesen lástima de usted. Acabaría arrepintiéndose de haberse casado conmigo. Se avergonzaría de mí.

—Jamás. —Tomó las manos de ella entre las suyas—. Jamás me arrepentiría de haberme casado con usted. Nunca, jamás.

—Richard. —Suspiró—. No soy el tipo de mujer con quien debería casarse.

—Lo es, Isabel, sé que lo es. —Se sentía más tranquilo, seguro de sí mismo. De hecho, jamás en su vida se había sentido más

seguro—. No soportaría verme atado a una señorita afectada que se pusiera histérica cuando pronunciara una palabra malsonante o se quejara si me negase a acudir a un sinfín de bailes con ella. Ese tipo de mujer no encajaría conmigo, porque la dominaría. Usted es de carácter fuerte y valiente, además de independiente, y eso es lo que necesito, justo lo que necesito.

Isabel cerró la boca con fuerza y apartó la vista. Empezaron camino de regreso a Lynmouth.

—No tengo la cultura que usted tiene —dijo—. Dejé los estudios a los doce años.

Richard desdeñó sus objeciones con un gesto.

—Nadie espera que las chicas pierdan el tiempo encerradas años en un colegio.

—¿Pero de qué hablaríamos, qué nos diríamos?

—Habríamos sobre todas las cosas que no hubiéramos tenido tiempo aún de decirnos. Y tal vez, algún día, no tendríamos ni necesidad de hablar. Bastaría con estar el uno junto al otro.

—Ese tipo de matrimonio... ¿cree que existe?

—Podríamos hacer que existiera.

Isabel frunció el ceño.

—Es usted un idealista.

—No, soy un hombre práctico, Isabel. Y no soy tonto, no soy un joven idiota enamorado que le pide que se case con él por capricho. Diría que usted y yo hemos cruzado más de una palabra altisonante. No siempre tengo un temperamento dulce, lo reconozco. Pero cuando hay amor, cuando hay un amor lo suficientemente fuerte, creo que nada más importa.

—¡Oh, Richard! ¡Tal vez se imagine que en estos momentos está apasionadamente enamorado de mí, pero ese tipo de amor no dura! ¿Cómo se sentirá dentro de un mes, o seis meses, o tal vez dentro de un año? Tarde o temprano, yo acabaría cansándolo; tarde o temprano acabaría deseando haberse casado con otra, con alguien de su propia clase. ¡Acabaría odiándome y deseando ser libre!

—No.

—Eso no puede saberlo.

—Lo sé, del mismo modo que sé otras cosas.

—Pero yo... —Se interrumpió.

—Usted no me ama. ¿Es eso lo que iba a decirme? ¿No le gusta?

—No, en absoluto. Pero la atracción no es amor. No dura, no es segura, puede romperse.

—La atracción bastaría para empezar, ¿no le parece? Y el amor va creciendo, ¿verdad?

—¿Y si no fuera así? —replicó ella, sin andarse con rodeos—. ¿Entonces qué?

—Crecerá. Yo haré que crezca. Es un riesgo que estoy dispuesto a asumir. Y además —dijo, notando que empezaba a impacientarse—, basta ya de tantas sandeces. Si esto fuera una propuesta de negocios, le enumeraría todo lo que puedo ofrecerle: una casa propia, seguridad económica y un lugar en la sociedad. Considerándolo desde un punto de vista práctico, más que sentimental, ¿qué tiene usted que perder?

—¿Se refiere a qué alternativa me queda? —dijo con amargura—. ¿Cree que no lo sé? Un puesto como cocinera o ama de llaves. Una buhardilla amueblada con las sobras de la casa y una chimenea que nunca se enciende. Un patrón que espera de mí que me incline para mostrarle mi respeto y sepa cuál es mi lugar. Agradecida por poder participar en el baile de los criados por Navidad o por tomar prestado un libro de la biblioteca pública. ¿Cree que no me da pavor todo esto, que no lo temo, que no llevo ya muchísimo tiempo intentando posponer mi destino?

Habían llegado al puerto de Lynmouth. Richard dijo en voz baja:

—Todo esto no tiene por qué pasar. Venga a Londres conmigo y no tendrá que volver a soportar nunca más estas humillaciones.

Isabel tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No me conoce. Tal vez piense que sí, pero no. No sabe cómo he vivido ni lo que he hecho.

—¿Cuántos años tiene, Isabel?

—Veinte, pero no entiendo por qué...

—Es cinco años menor que yo. Se me hace difícil pensar que pueda haber hecho cosas tan terribles. Y de haberlas hecho, de haberle clavado un puñal a una madrastra malvada y enterrado su cadáver en una zanja, en ese caso, sería un hecho del pasado que nada tendría que ver conmigo. Si se casa conmigo, puede volver a empezar. Tendrá un nuevo apellido, una nueva casa en una nueva ciudad. Podrá dejar atrás todas las penurias que haya sufrido. Cásese conmigo, Isabel. En todo este mundo no existe motivo alguno que le impida casarse conmigo.

Isabel jadeó y presionó los nudillos contra la boca. Dijo a continuación:

—Espere aquí, si quiere. Necesito pensar.

Richard la siguió, una bengala roja y negra, a lo largo del rompeolas hasta que Isabel se detuvo a la sombra de la torre Renish. La marea subía con rapidez y las barcas del puerto, varadas en marea baja, flotaban ya sobre el agua. Desde el puerto, el agua entrante del mar se canalizaba hacia el río, la velocidad de su avance visible sobre el lecho rocoso. Richard consiguió localizar el punto de encuentro de mar y río, el lugar donde se aferraban el uno al otro, donde se fundían, donde luchaban, inseparables.

Era última hora de la mañana y la bahía estaba bañada por una luz dorada. Richard se sentó en un banco, el perro a sus pies. Al cabo de un buen rato, levantó la vista y vio que Isabel se acercaba. Se puso en pie, consciente de que era incapaz de disimular la combinación de esperanza y miedo que saturaba sus facciones.

Se quedó frente a frente con él.

—Lo que ha dicho acerca de mi pasado, ¿lo ha dicho sinceramente?

—Por supuesto. Su pasado no es de mi incumbencia. Cásese conmigo, Isabel.

—Sí.

Richard apenas sí consiguió escuchar su susurro. La euforia se apoderó de él. La estrechó entre sus brazos; ella temblaba de emoción.

–Isabel, mi Isabel. Repítelo, por favor. Di que te casarás conmigo.

–Sí, Richard –musitó ella–. Lo haré.

Viajaron a Londres al día siguiente. Richard reservó varias habitaciones para Isabel en un pequeño y exclusivo hotel situado en una calle tranquila detrás del Strand. En el intervalo de tiempo entre la partida de Devon y la boda, ella se mantuvo ocupada con sesiones de pruebas con modistas, zapateros, sombrereros, guanteros y corseteras.

Para la cena de la noche anterior a la boda, Isabel se puso un vestido de color verde claro de tejido transparente, adornado con encaje y con finas cintas negras alrededor del busto. Le quedaba precioso, una envoltura perfecta para su extraña y severa belleza.

Estuvo callada y solo picoteó la comida. Él lo achacó al desasosiego que pudiera provocarle el día de la boda e intentó distraerla hablando sobre París e Irlanda, que visitarían durante la luna de miel. Después del primer plato, Isabel se excusó y abandonó el comedor. A su regreso, Richard se dio cuenta de que su palidez se había incrementado.

–He pedido *crêpes au citron* para los dos –dijo–. Espero que te gusten.

Isabel enlazó las manos sobre el regazo.

–No puedo casarme contigo, Richard. –Le temblaba la voz–. Lo siento mucho, pero no puedo.

–Son simplemente los nervios, querida –replicó él en tono tranquilizador–. Mañana, en cuanto haya pasado todo, te sentirás mucho mejor.

–No. –Negó violentamente con la cabeza–. No es nerviosismo. Esta boda... no puede celebrarse. No tendría que haber permitido que las cosas llegaran tan lejos.

–Isabel, esto que dices es irracional.

Ella se mordió el labio.

–En Lynton, cuando me pediste que me casara contigo, creí que eras sincero. Pero cuando llegué a Londres y vi cómo vivías, pensé...

—¿Pensaste qué?

Lo miró a los ojos, una mirada intensa y distraída a la vez.

—Que me había equivocado. Que era imposible que te casases conmigo. Que lo que pretendías era tomarme como tu amante.

Se acercó el camarero a la mesa, seguido por un ayudante que empujaba un carrito, y Richard tuvo que posponer su airada respuesta. Siguió a su llegada una espectacular actuación aderezada con quemadores de licor y sartenes para crepes. Cuando por fin volvieron a quedarse solos, dijo Richard:

—¡Dios mío, Isabel! ¿Cómo puedes decir esto?

Ella se ruborizó.

—Lo veo, veo que te juzgué erróneamente.

—Y después de darte cuenta de que no soy un mentiroso —replicó furibundo—, de que no te he engañado, ¿ahora me vienes con que no quieres casarte conmigo?

—No puedo.

—¿Pero qué dices? ¿Que preferirías convertirte en mi amante? ¿Que no quieres ningún vínculo permanente? ¿Que preferirías continuar tu carrera sin el obstáculo que imponen los grilletes de la legalidad?

Los ojos de Isabel se iluminaron con rabia.

—¡Richard, esto no es digno de ti!

—¿Y qué quieres que piense?

—Es culpa mía —dijo ella con amargura—. No tienes la culpa de estar enfadado conmigo. No tienes la culpa de pensar lo peor de mí. Pero no puedo casarme contigo, Richard. Sería un error por mi parte, sé que lo sería...

Parecía agotada y angustiada y él alargó el brazo por encima de la mesa hacia ella.

—Dame la mano —dijo, y ella obedeció—. No estoy enfadado contigo —prosiguió con dulzura—. Pero estás asustándome. No hables así, querida mía, por favor.

Isabel bajó la vista y emitió un inaudible suspiro.

—Richard, hay algo que no te he dicho...

Los saludó una voz, interrumpiéndola.

—Dios mío, Finborough, ¿eres tú? —Un hombre alto y de cabello rizado se abría paso entre las mesas—. ¡No me puedo creer que nos encontremos justo aquí!

Richard maldijo para sus adentros. Se levantó.

—Isabel, permíteme que te presente a un viejo amigo, Frederick McCrory. Freddie, te presento a mi prometida, la señorita Zeale.

—Qué calladito te lo tenías, Richard. —McCrory miró con admiración a Isabel—. Encantado de conocerla, señorita Zeale.

—Freddie y yo estudiamos juntos —explicó Richard.

Los hombres hablaron, pasó un buen rato y el camarero retiró el postre que nadie había tocado. Freddie se despidió. Poco después, rechazando el café y la copa, Richard e Isabel salieron del restaurante.

Los copos de nieve flotaban en la oscuridad.

—¿Te importa si caminamos un poco? —dijo Richard—. ¿O hace demasiado frío para ti?

Isabel negó con la cabeza. Pasearon en dirección a la zona del dique. El agua del Támesis tenía un aspecto gélido y viscoso, como si la superficie empezara a helarse. Bajo la sombra de un plátano, Richard la estrechó entre sus brazos y la besó. Era la primera vez que la besaba como es debido, sin contención. Durante aquellas semanas previas al matrimonio, extrañas e irreales, había mantenido las distancias, consciente de la importancia de preservar la reputación de Isabel. Pero ahora introdujo las manos por debajo del forro de piel de la pelliza, palpó huesos y carne bajo la seda del vestido y la atrajo contra su cuerpo, como si con ello pudiera hacerla parte de él. Y se produjo el milagro y sintió el despertar de la pasión que siempre había intuido en ella, notó que el hielo que la envolvía se calentaba y se tornaba líquido, como el río, la oyó murmurar su nombre, la vio echar la cabeza hacia atrás, cerrar con fuerza los ojos, hasta que se aferraron con intensidad el uno al otro.

Cuando por fin se separaron, él le dijo en voz baja:

—El día que accediste a casarte conmigo, pensé que era el hombre más afortunado del mundo. —El beso cambió, volviéndose delicado y tierno; acunó el rostro de ella entre las manos—.

Te he apartado de todo lo que conocías, ¿verdad? Te he apartado de tu casa, del lugar que amabas. Perdóname por ello, comprendo que fue egoísta por mi parte.

—No hay nada que perdonar, Richard —murmuró ella.

—No tengas miedo, Isabel, querida mía. Te prometo que cuidaré de ti; te prometo que te querré. Te prometo que te haré la mujer más feliz del mundo. Permíteme que haga todo esto por ti, por favor.

Isabel tenía los ojos llenos de lágrimas. Richard la atrajo hacia él y acomodó la cabeza de ella sobre su hombro.

—Si ahora me abandonaras, me destrozarías —dijo con voz poco firme—. No creo que pudiera sobrevivir. No puedes hacerlo. No lo soportaría.